



## De cartas y recuerdos personales

# Cómo nació y cómo murió el marxismo teórico en Italia (1895-1900)

Benedetto Croce

El 27 de abril de 1895 Antonio Labriola, mi viejo maestro en la Universidad de Roma, al cual había permanecido ligado y agradecido por todo aquello que de él había aprendido y que siempre aprendía de su conversación, me escribió:

Salió en París el primer fascículo (verdadera revista, y no *Critica Sociale* a la Turati) de *Le Devenir Social*, "órgano marxista". Allí escribiré también yo: de hecho ya he mandado un largo artículo-monografía. Me pidieron que les proporcionara suscriptores. Permítanme nombrarlos a ustedes. Estoy seguro de que allí encontrarán para leer. Y a propósito de mi artículo: ¿me permitirán mandarles el manuscrito? Verán ustedes si es apropiado que de él haga un pequeño opúsculo.

Esta carta señala la fecha del nacimiento del marxismo teórico en Italia.

No era, por supuesto, que antes no se supiese nada de Marx y de *El Capital*, del "plusvalor" y del "materialismo histórico"; porque en efecto en los últimos años, la divulgación de estas teorías había crecido con el crecimiento del socialismo, y en los periódicos y en las revistas socialistas mucho se disertaba en torno a ellas, procurando exponerlas, razonarlas, defenderlas. Pero sólo entonces Labriola, el único entre los socialistas italianos que tenía ingenio y preparación científica de filósofo, comenzó, en calidad de escritor, su obra de teórico del marxismo, y ejerció acción y suscitó reacciones, y dio origen a un proceso mental del cual contaré aquí el principio, el curso y el final.

En cuanto a mí, que debía ser en esta obra su colaborador en todos los sentidos (es decir, también opositor), tenía entonces veintinueve años, había pasado por múltiples pruebas de estudio en literatura, filología y filosofía, e, inconscientemente, por una íntima necesidad moral, me venía concentrando en la investigación del problema de la historia, insatisfecho de la mera erudición y anécdota. Me era conocido el materialismo histórico, del

que ya desde hacía algunos años Labriola se ocupaba en sus cursos de la Universidad de Roma, los cuales, residiendo yo en Nápoles, no podía, aunque mucho lo desease, frecuentar; de modo que esperé con mucha expectativa el manuscrito de su artículo, que era el ensayo: *In memoria del Manifiesto dei comunisti*. Y cuando lo hube recibido, lo leí y lo releí, la mente se me llenó de visiones y conceptos para mí nuevos, y, al responder a Labriola, le propuse ser editor de aquel ensayo —reanudando, hacia él, mis habituales incitaciones—, y que junto a los demás tenían, a mi parecer, el deber de ordenar un tema que tan bien conocía.<sup>1</sup>

Labriola a su vuelta, el 15 de mayo, me escribió:

Querido Benedetto, ¿cómo hago para responderles, en efecto agradecerles (vean que entre el *ustedes* y el *tu* estoy siempre avergonzado y paso de uno al otro con inigualable inconsecuencia)? No ya por la materialidad del ofrecimiento de la impresión y edición. Esto retorna al terreno de su cortesía personal hacia mí: y agradecerles y aceptar es rápidamente dicho y hecho. No me siento avergonzado de agradecerles por el gasto que quieren sostener: eso sería descortesía, casi como si me mostrase avergonzado de la hospitalidad de una invitación a almorzar. Por mi parte basta que les agradezca de corazón y les diga: acepto.

Pero la generosidad de ustedes va mucho más allá de eso. Quisieran comprometerme a sacar en un serie de publicaciones más o menos extendida todo aquello que he aprendido de filosofía de la historia en sentido materialista (cuya denominación, por otra parte, antipática, puede evitarse ponerla en la primera línea y en los títulos), y por este respeto mi gratitud, como no tiene límites, no encuentra adecuada expresión. De hecho no sé qué hacer con aquello que he aprendido y pen-

<sup>1</sup> Antonio Labriola, "En memoire du *Manifeste du parti communiste*", en *Le Devenir social*, a. I, n° 3, Paris, junio 1895, pp. 225-252, y n° 4, julio 1895, pp. 321-344. Croce lo editó en Italia como: *In memoria del Manifiesto dei comunisti*, Roma, Loescher, 1987. Hay numerosas ediciones en castellano. [N. de H.T.]

sado, si no acepto una propuesta como la de ustedes. Mis apuntes de clases (desnudos esqueletos y notas ininteligibles para todo otro que no sea yo) los expreso verbalmente, y luego no pienso más en ellos, especialmente durante las vacaciones. De figurar en Italia como un socialista y un hombre político se me han pasado las ganas, y sobre todo, no quiero figurar en escena junto a tantos, más o menos tramposos. Y sepan qué bello consuelo es para mí saber que un tal me tiene en Viena o en Londres por un campeón del socialismo italiano... ¡que no existe! Por otra parte, no quiero imprimir mis clases, como me fue propuesto. Las clases no son materiales, y en su lugar la verdadera publicación es la monografía redondeada, como les parece a ustedes aquel pequeño escrito. Por lo tanto, la generosa propuesta de ustedes es realmente oportuna para quitarme una vergüenza de la cual no me daba plenamente cuenta, y abrirme una vía inesperada. Porque mi destino es ahora muy curioso: o no hacer nada o hacer cosas inútiles en mala compañía. Pero si he renunciado a ser ciudadano político en Italia, a ser italiano no puedo renunciar, y se necesita que por lo menos escriba. Un día u otro quiero recoger todos mis pequeños opúsculos y artículos políticos y ponerlos por escrito: Aquí yace un desertor. Ni quiero rendirme nunca a las invitaciones por ejemplo de *Die Neue Zeit* de colaborar (salvo la correspondencia política que escribo en algunos periódicos de tanto en tanto para obtener una pequeña compensación), porque, en el fondo, en las revistas, aunque sean óptimas como esa, se termina siempre por perder la propia individualidad. Después de tal confesión, les digo: Hacemos la prueba y comenzamos. Quién sabe, en dos o tres años podrán surgir diversas monografías que no reproducirán ninguna de mis clases (como es justamente aquel opúsculo).

En cuanto al resto —número de las copias, forma de la impresión, uso que quieran hacer de las copias, etc. etc.— a ustedes me remito.

Mientras tanto, yo, inflamado por la lectura de las páginas de Labriola, tomado por el sentimiento de una revelación que se abría a mi espíritu ansioso, no perdí tiempo y me metí de lleno en el estudio de Marx y de los economistas y comunistas modernos y antiguos, estudio que debí proseguir intensamente por otros dos años. A los primeros días de ese nuevo fervor se refiere esta carta de Labriola (17 de mayo del '95):

He sabido por Loescher (y lo he sabido justamente porque se dirigen a mí cuando trata de libros raros, de una evidente rareza) que buscan libros de la vieja literatura marxista.<sup>2</sup> ¡Caso desesperado! Leí dos años atrás *Heilige Familie* [La Sagrada familia de Marx y Engels] e hice un largo extracto sobre un ejemplar que me llegó en préstamo desde Inglaterra asegurado por 500 francos. Finalmente encontré una copia en Viena (de un inexperto) por veinte florines. La he dejado intacta, porque no la

he releído. De *Misère de la Philosophie* [Miseria de la Filosofía de Marx] tenía dos copias, una de las cuales la he cedido recientemente en Viena por otra rareza. Y si les contase toda la historia de estas búsquedas mías, debería escribirles todo un capítulo de curiosidad literaria.

Les aconsejo leer el libro de Engels contra Dühring (*Umwälzung der Wissenschaft*, tercera edición, 1894). Es el libro más grande de ciencia general que haya salido de la pluma de un socialista, y además el libro objetivamente de mayor valor que haya ahora en la concepción filosófica general. Ya lo verán.

Si les gusta, puedo incluso mandárselos para que lo tengan. El año pasado me hice enviar por correo a Castellammare esta tercera edición; pero apenas había releído un capítulo en marzo, cuando me llegó otra copia de regalo de parte del autor. Si les urge, se las mandaré, y ustedes harán una cosa grata para mí y útil para ustedes al leerla.

En verdad, tanto yo como Labriola, acostumbrados a los estudios metódicos y al manejo de los libros, nos comportábamos frente a Marx como lo hacíamos con cualquier otro autor y tema de estudio, procurando estar lo más posible exactamente y plenamente informados de todos sus escritos y de la literatura que le concernía. Labriola me prestó *La Sagrada Familia* y algunos opúsculos raros de Marx; y con alegría me anunció el año siguiente que había obtenido de la dirección del Partido Socialista de Berlín el préstamo del único ejemplar completo —aquel mismo que había pertenecido a Marx— de *Neue Rheinische Zeitung* de 1848.

Mientras se ejecutaba bajo mi vigilancia la impresión del primero de los *Saggi intorno alla concezione materialistica della storia*<sup>3</sup>, ya Labriola dirigía su mente a proyectar el segundo; y el 20 de mayo me anunciaba que lo titularía *Da Vico a Morgan*.<sup>4</sup> El 25 de mayo me volvía a escribir acerca de este segundo ensayo, y también de una pequeña compilación, que yo le había propuesto hacer, en el intervalo, de sus dispersos pequeños opúsculos, artículos y notas sobre el socialismo:

Como sucede a menudo en los asuntos humanos, yo que a esta publicación (del primer ensayo, sobre el *Manifiesto comunista*) no la pensaba en absoluto, ahora no veo la hora de que se haga. Será curioso ver con cuánta desilusión permanecerán los socialistas italianos. ¡Porque aquí en Italia estamos todavía en el punto en el que el socialismo científico (que no es otra cosa que la nueva concepción de la historia) necesita todavía revelarse!

Ya he hablado a Loescher, y está bien. La publicación será hecha con su nombre como editor-librero. Pero como yo le he dicho

<sup>2</sup> Labriola se refiere a *Loescher Editore*, la editorial italiana que había fundado en 1861 en Turín el tipógrafo alemán Hermann Loescher, extendiéndose luego a Firenze y a Roma. Croce estaba en relación con la familia Loescher, para cuya casa preparaba la edición de los sucesivos *Saggi* de Labriola. [Nota de H.T.]

<sup>3</sup> Croce se refiere aquí a la obra ya citada de Labriola: *In memoria del Manifiesto dei comunisti*, Roma, Loescher, 1895. Nota de H.T.

<sup>4</sup> Morgan, etnólogo e investigador de las formas de la familia primitiva, había sido incluido por la escuela marxista entre sus autores, especialmente por efecto de un libro de escaso valor de Engels, *Der Ursprung der Familie, des Privateigentums und des Staats* (Zurich, 1884: muchas veces reimpresso, y traducido también al italiano). Nota de Croce. [F. Engels, *Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, hay numerosas ediciones en castellano. N. de H.T.]



que se hace por cuenta de ustedes, que han asumido tal cargo, así yo me descargo, y por la sinceridad de la cosa, deseo que ustedes le escriban dos palabras directamente, ahora que ya ha aceptado. Les ruego esto.

En cuanto a aquellos de mis discursos, opúsculos, cartas etc. (de 1886 en adelante), todas cosas que retornan al ámbito de mis ideas, pero bajo un ángulo visual o subjetivo o de ocasión, habría pensado hacer así: recoger todo en un volumen titulado: "Socialismo e Democrazia", con el agregado de "Frammenti". A los títulos especiales los agruparía como en capítulos (por ejemplo: "La Democrazia in Italia" – "Il Socialismo in Italia") un opúsculo y un discurso, una carta y un artículo de periódico, y así sucesivamente. Las cosas tendrían la apariencia de ser simplemente *angereihet*, pero las notas acá y allá darían la unidad. Un breve prefacio debería entre lo serio y lo humorístico explicar el título "Frammenti" (¡porque Italia está toda descosida y fragmentada!) y hacer entender porqué, dándole la espalda a la política de todos los días, tomo el rol de espectador. Dejaría también las contradicciones debidas a las variadas circunstancias de hablar y de escribir, y naturalmente no daría todo, sino, según los casos, pasajes sin develar, nada que pueda parecer indiscreción de encuentros privados. Solo aquello que ha llegado a la luz del día.

Si este pensamiento me madura en la cabeza, y si tengo la paciencia de juntar todos estos recortes, trataré de coordinar cada cosa durante las vacaciones.

Y ahora les pido un consejo. Me encuentro, para escribir los otros opúsculos, con una curiosa dificultad. La dificultad del *demasiado*. Tengo aquí delante mío un desorden de apuntes. Escribir sobre esta huella por ejemplo una historia popular del marxismo moderno, sería cosa fácil. Bastaría que me imaginase estar dando la clase; y decir: ahora se narra la conspiración de Babeuf; y para entenderla se necesita: 1) situación de Francia después del 9 de Termidor; 2) análisis de la condición económica creada por la confiscación y venta de los bienes eclesiásticos etc.; 3) antecedentes del comunismo igualitario, etc. Ahora no quiero hacer esto, más bien convertir todo el material histórico en medio de *ejemplificación*. ¿Me explico?

Para hacer esta *inversión y conversión* bajo un ángulo visual elegido para diseñar, debo hacer un trabajo del todo nuevo. Ahora me son entregados estos dos títulos, que les doy sin comentarios:

"Ricerca del terreno storico"

"Da Vico a Morgan"

En el fondo se trata de desmenuzar en muchas tesis especiales las cosas que acabo de mencionar en el primer opúsculo (que deseo que sea titulado no simplemente primero, sino *promio*). Sin embargo me parece que con eso permanecería una laguna. Para colmarla me parece necesario un opúsculo de estilo llano y ordinario (pero no escolar), que, bajo el nombre de "introduzione alla storia del socialismo", introduzca la materia, convirtiendo en programa de libro el programa de mis clases (que no hace falta decir taxativamente).

Conocía, por haberlos observado desde hace mucho tiempo, los estorbos y los obstáculos que Labriola encontraba, cuando, de la

briosa conversación y del incisivo bosquejo del pensamiento en las clases, se esforzaba por pasar al acto de componer escribiendo. Quizá la razón estaba en la excelencia misma de la actitud que tenía para el discurso oral, el cual fácilmente oculta al hablante mismo las lagunas en la *iunctura rerum*, que se manifiestan inexorablemente a quien se apresta a escribir. Debí, por lo tanto, responderle como médico práctico, como veo aquello que es dicho en una carta suya del 6 de junio:

En cuanto a la cuestión en general de los otros opúsculos sucesivos, estoy plenamente de acuerdo con ustedes. No hay necesidad de hacer un plan preconcebido. Serán expositivos, críticos y también narrativos, y la unidad estará en la cabeza de quien los escribe.

El primer ensayo salió a principios de julio. El 27 de junio Labriola recibía las hojas impresas, y quedaba muy contento: "¿Pero, y la advertencia? No quisiera que me hicieran la mala jugada de suprimirla porque se habla de ustedes. Y eso me generaría un grandísimo desagrado. En resumen, esa es la verdad de las cosas y se debe decir". Casi contemporáneamente aparecía el primer artículo en francés de **Le Devenir social**, y Turati retraducía algunos pasajes, ofreciéndolos a los lectores de **Critica sociale**: con contrariedad de Labriola, también porque, me decía (2 de julio del '95), "la prosa severa de mi opúsculo no se presta a la *réclame*". Una gran alegría fue para él la aprobación del viejo Engels, con quien desde hace años mantenía correspondencia<sup>5</sup>, y que debía morir apenas algunos meses después. Se apresuró a comunicármelo (8 de julio del '95):

Engels (¡piensen que es el mismo de cincuenta años atrás!), quien se encuentra en Eastbourne, para reposar, como él dice (pero otros me dicen que se trata de una grave enfermedad), me escribe, por haber leído en **Le Devenir Social** la parte publicada de mi artículo (lleno, además, de muchos errores de traducción): "Alles sehr gut, nur einige kleine tatsächliche Missverständnisse, und anfangs eine etwa zu gelehrte Schreibweise. Ich bin sehr begierig auf den Rest".<sup>6</sup> Pueden imaginar cuánto desearía satisfacer

<sup>5</sup> Las importantes cartas de Labriola a Engels fueron publicadas, un total de ciento treinta y una, del 2 de abril de 1890 al 13 de julio de 1895, óptimamente anotadas con copiosas referencias históricas, en la revista comunista italiana de París: **Lo Stato Operaio. Rassegna da Politica Proletaria**, n° 1, 1927 y años siguientes. En la misma revista (pp. 787-792) el conocido curador de la nueva edición de las obras de Marx y Engels (editor, al menos, de los primeros volúmenes, porque luego perdió el apoyo del partido y fue destituido o incluso encarcelado), D. Riazanov, escribió un artículo sobre Labriola. Las respuestas de Engels a él no han visto la luz, pero deberían conservarse en manos de los hijos de Labriola. [Nota de Croce]. [Una edición corregida de las cartas de Labriola a Engels aparecidas en **Lo Stato Operaio** de París (a lo largo de los años I: 1927, II: 1928, III: 1929 y IV: 1930) se publicó en la Italia de posguerra como: Antonio Labriola, **Lettere a Engels**, Roma, Rinascita. 1949, Biblioteca del movimiento operaio italiano, 237 p. Una edición posterior rescata una veintena de piezas más (alcanzando en total 151 cartas): **La corrispondenza de Marx e Engels con italiani. 1848-1895**, a cura de Giuseppe Del Bo, Milano, Feltrinelli, 1964, XXVI + 652 p. El estudio de David Riazanov al que se refiere Croce se tituló "Antonio Labriola" y apareció en **Lo Stato Operaio** n° 7, septiembre 1927, pp. 787-92. [Nota de H.T.]

<sup>6</sup> "Todo muy bien, sólo algunos malentendidos fácticos y, en principio, un estilo acaso un poco académico. Estoy ansioso por el resto". En alemán en el original. [Nota de H.T.]

tal *Begierde* [deseo]. Y pueden imaginar cuán feliz sería de escribir con solo algún error de hecho (que será, creo, más error de colorido que de hecho) sobre asuntos tan inhóspitos para el intelecto italiano.

Su sentimiento al remontarse con la imaginación a aquel febrero de 1848, en el cual fue leído y firmado en Londres el **Manifiesto comunista**, tenía algo de religioso, como el recuerdo de la fundación de una iglesia, y del maestro y los primeros apóstoles; y generaba hacia la persona de estos hombres inquietud, veneración, e incluso ternura: como al dedicarse a localizar a los dos sobrevivientes de aquellos primeros firmantes, Lochner y Federico Lessner<sup>7</sup>, y en la diligencia piadosa y socorrista para este último año, que yacía gravemente enfermo y en condiciones miserables en Londres, hacia fines del '97. Había obtenido de Engels una copia de la edición original londinense del **Manifiesto comunista**, que mostraba y volvía a contemplar con devoción.

Nuestra correspondencia no continuó siendo epistolar en el verano del '95 porque Labriola vino a pasar aquellos meses a Nápoles y nos veíamos casi diariamente y hacíamos largos paseos en los cuales me exponía sus pensamientos, sus dudas, sus interpretaciones y reelaboraciones de la doctrina del materialismo histórico; y así en cierto modo venía preparando el nuevo libro. Yo lo dejaba hablar, escuchándolo con atención y sólo rara vez interponiendo alguna observación o pregunta. Más tarde, ante la dificultad de escribir el tercero de los ensayos, recordaba el beneficio (que yo había creído solamente mío) de aquellas nuestras conversaciones: “Tú no puedes imaginarte cuánta pena me causa no poder verte. Habría tenido tanta necesidad de conversar contigo un par de meses, como el año pasado en Nápoles. Debo a aquellos paseos el volumen que he impreso este año” (23 de julio del '96). En aquellos meses había dado un primer signo de mis nuevos estudios, apoyados en los viejos de historia meridional, al someter a una crítica destructiva una monografía que, precisamente en **Le Devenir social**, había publicado sobre el comunismo de Tommaso Campanella un santón del socialismo, Paul Lafargue, yerno de Karl Marx. Digo “signo” porque allí demostraba mi simple disposición de ánimo de no faltar el respeto, a pesar del interés por el socialismo, al culto de la verdad, y de no aceptar y de no dejar pasar sin protesta los disparates que socialistas, incluso de gran renombre y autoridad, imprimían.<sup>8</sup> Recuerdo que **Critica sociale**, que había comenzado a publicar traducida la monografía de Lafargue, se vio obligada, después de la divulgación de mi escrito, a dejar la impresión por la mitad y a mencionar la recensión negativa realizada por el crítico italiano: en ese acto, para hacer menos amarga la bebida a

Lafargue, me condecoró con el nombre, que en absoluto me correspondía, de ¡“compañero”!

Las clases, que Labriola retomó en noviembre de aquel año, fueron el arranque de la escritura del segundo ensayo:

(16 de noviembre del '95). El miércoles comencé mi famoso curso de filosofía de la historia. Ayer entonces di la segunda clase. Y así continuaré todos los miércoles y viernes, habiendo reservado los otros días para el resto. Nominalmente cada clase es de una hora y media como se usa aquí para las disciplinas accesorias, no obligatorias, de encargo etc. Pero no se puede ir más allá de una hora y diez minutos.

En estas dos primeras clases *dadas* traté preliminarmente de los límites de la concepción materialista. Tuve una verdadera multitud de oyentes, que era para morir de calor. Espero que, pasada la primera curiosidad, el miércoles próximo se reduzcan a la mitad.

Aclaré principalmente estos tres puntos:

- 1) La necesidad de que la doctrina, descubierta por no historiadores, encuentre su complemento en el arte del relato, hecho por historiadores de profesión.
  - 2) La necesidad de hallar en la mutación de las formas económicas la *causa* del proceso y reconciliarla con la idea del progreso.
  - 3) Y, principalmente, la psicología social.
- Esta es la materia del segundo ensayo, que por ahora he dicho.

En enero del '96 trabajó en el libro:

(4 de enero del '96). Te anuncio que mi Musa inmortal, siempre virgen antes y después del parto, ha parido las primeras cuatro páginas del nuevo opúsculo. Este se titula definitivamente **Dilucidazione generale della dottrina**. Con tal título descomprometido tendré facultad de extenderme.

Y me tuvo informado de los progresos de su trabajo, del principio al fin:

(6 de enero del '96). Procedo en este ensayo por vía de exclusión crítica. Los primeros cuatro párrafos tratan de aquel que sigue contra el verbalismo (es decir el argumentar por ejemplo de la definición de la materia) contra el conceptualismo inmediato, que luego degenera en fraseología (destino-suertecasualidad-lógica de las cosas) contra lo abstracto que traduce toda la historia (incluida la psicología social) a categorías económicas contra el naturalismo inmediato (por ej. extender a la historia el darwinismo).

(17 de marzo del '96). Te dije que ya había terminado. Pero luego esta fatiga de revisar y de copiar es para mí una verdadera desesperación. Me he metido en eso finalmente. Los capítulos son 13 (¡mala suerte!). Haremos así. Te mandaré el manuscrito en tres tandas. El domingo te enviaré solamente el primer tercio. Así podrás pensar contemporáneamente a la

<sup>7</sup> Lessner había formado parte de los comunistas del proceso de Colonia de 1851. Nota de Croce [El sastre Friedrich Lessner y el carpintero Georg Löchner, antiguos miembros de la Liga de los Comunistas, todavía vivían en 1895 y pudieron ser consultados por Labriola. N. de H.T.].

<sup>8</sup> Benedetto Croce, “La storiografía socialista. Il comunismo di Tommaso Campanella”, en *Archivio storico per le provincia napoletane*, año XX, 1895, fasc. IV, incluido por Croce en su volumen **Materialismo storico ed economia marxistica**, Milano / Palermo, Remo Sandron, 1900. Hay versión castellana en: Benedetto Croce, **Materialismo histórico y economía marxista**, Buenos Aires, Imán, 1942, pp. 215-60. Trad. de Oberdan Caletti. [Nota de H.T.].



impresión. El pequeño volumen resultará ser bastante más largo que el primero.

La impresión ocupó los meses de abril y mayo:

(23 de abril del '96). A esta hora estarás quizás leyendo los dos últimos capítulos de mi cuentito<sup>9</sup>; y con tu habitual infinita bondad hacia mí dirás que he escrito una muy bella cosa. Yo no sé qué cosa sea: estoy seguro de haber escrito aquello que pienso; me parece haberme orientado como se necesita para Italia y para rebatir los prejuicios corrientes; me parece también no haber salido de los límites de una dilucidación preliminar (tanto es así que he suprimido las alusiones polémicas, que irían bien en otro lugar): pero en su conjunto el escrito no me gusta, y lo publico solo para no sentirte refunfuñar.

El ensayo **Del materialismo storico. Dilucidazione preliminare**, salió a principios de junio.<sup>10</sup>

Permíteme que te agradezca napolitanamente con mil besos. Recibo ahora las treinta copias de Pierro. El pequeño volumen es bellissimo. Aquello que contiene... lo releeré en un par de meses, porque ahora, por miles y miles de razones de mal humor, me parece una cosa pésima. ¿Cómo hago para agradecerle? Espero solo que el aburrimiento, el fastidio, las molestias que te he procurado te induzcan a dejarme tranquilo por un par de años, para que yo no tenga que continuar haciendo tú editor de juglar.

Este ensayo fundó verdaderamente la autoridad de Labriola como sistematizador filosófico del materialismo histórico y tuvo divulgación internacional en la traducción francesa que, uniéndolo al primero, hizo Bonnet y a la cual Sorel puso el prefacio.<sup>11</sup> De esta forma lo leía, cerca de aquellos años, el joven de diecinueve años León Trotsky, durante su primer encarcelamiento, en la cárcel de Odessa.<sup>12</sup> En 1930, en el Congreso filosófico de Oxford, me pasó

de oír al bolchevique y exministro de educación soviético Lunacharsky, que presentó un informe muy despreciativo sobre la "estética burguesa" (Kant no excluido y yo, nominalmente, incluido), y celebratorio en cambio de la estética marxista y proletaria; y yo, levantándome a hablar después de su discurso y hacerle notar que "estética marxista" es una contradicción de términos, admitiendo el marxismo una economía y nunca una estética,<sup>13</sup> y que no menos privadas de sentido son las palabras "poesía burguesa" y "poesía proletaria" le dije que al pensamiento de Marx nosotros los napolitanos lo conocíamos con pelos y señales mucho antes que los señores revolucionarios rusos, y que yo que le hablaba había sido discípulo, editor y comentarista de aquel Labriola que Trotsky había estudiado de joven, y con Labriola, uno de los dos promotores del estudio de Marx en Italia. Hablándole así, dentro mío sonreía, porque me parecía parodiar en prosa francesa los dos magníficos versos de *Gerusalemme*:

Ma chiunque io mi sia, tu innanzi vedi  
 un di quei due che la gran torre accese!<sup>14</sup>

Ante tal parodia Lunacharsky hizo un gesto de entre maravilla y admiración, y luego vino a saludarme y a entretenerse bondadosamente conmigo.

El trabajo científico tomaba sólo una de las partes de la vida de Labriola, ya que otro tanto y quizás más se lo daba a la política y ya desde algunos años, al socialismo, y, más de cerca, al socialismo italiano. Esta participación, no siendo un hombre de acción, se manifestaba, conforme a su temperamento, en la continua crítica y polémica, e incluso sátira e inventiva: y una representación satírica del socialismo italiano de entonces, hechos y personas, podría recabar de las cartas dirigidas a mí, si tal cosa no me pareciese hoy fuera de tono, que es necesaria la serena indagación histórica sobre ese pasado ya remoto y sobre los hombres que lo representaban. Sin embargo, conviene destacar, para ofrecer

<sup>9</sup> *Cantafavola* en el original [Nota de la trad.].

<sup>10</sup> Antonio Labriola, **Del materialismo storico. Dilucidazione preliminare**, Roma, Loescher, 1896. [Nota de H.T.].

<sup>11</sup> Antonio Labriola, **Essais sur la conception matérialiste de l'histoire**, avec préface de G. Sorel, Paris, Giard & Brière, 1897. [Nota de Croce].

<sup>12</sup> León Trotsky, **Ma vie**, Paris, Rieder, 1930, pp. 189-190. Como documento de la suerte que tuvo el pensamiento de Labriola, y junto a la forma mental de los marxistas, la página de Trotsky merece ser referida en su totalidad: "Conseguimos entrar de contrabando a la cárcel (1898) dos célebres folletos del viejo hegeliano marxista italiano Antonio Labriola, traducidos al francés, cuya lectura me entusiasmó. Labriola manejaba como pocos escritores latinos la dialéctica materialista en el campo de la filosofía de la historia, si bien en cuestiones políticas no podía enseñar nada. Bajo el brillante diletantismo de sus doctrinas, se ocultaban profundas verdades. Labriola despacha de un modo magnífico esa teoría de la complejidad de factores que reinan en el olimpo de la historia y presiden desde allí los destinos del hombre. A pesar de los treinta años transcurridos desde que le leí, todavía recuerdo perfectamente su argumentación y aquél su refrán constante de 'las ideas no se caen del cielo'. Al lado de este autor, ¡cómo palidecían los teóricos rusos como Lavrof, Mijailovskiy, Kareief y otros apologetas de la teoría clásica! Pasados muchos años, todavía no podía explicarme que hubiese marxistas en quienes causase sensación la obra del profesor alemán Stammler **Economía y Derecho**, ese libro tan estéril que se esfuerza, como tantos y tantos otros, por comprimir en los estrechos círculos de eternas categorías el gran proceso histórico y natural que va desde la ameba hasta el hombre, y más allá del hombre; en realidad, esas cate-

gorías no son más que el reflejo de aquel proceso vivo en el cerebro de un pedante". [Nota de Croce].

<sup>13</sup> Lunacharsky, replicando mi afirmación de la ajenidad entre el materialismo histórico y la estética, me anunció solemnemente que en la edición en curso de las obras de Marx habría sido incluido un entero capítulo inédito de la introducción a **Zur Kritik der politischen Oekonomie** (1859), que trata a propósito del problema estético. Este capítulo o parágrafo no era entonces otra cosa que algunas páginas ya publicadas en 1903 por Kautsky en **Die Neue Zeit**, en las cuales se sostiene que el arte griego está enteramente ligado a las condiciones sociales y económicas de la antigua Hélade, y que Aquiles ahora, después de la invención de la pólvora, haría reír; y busca explicar por qué ese arte aún nos llena de tanto placer, aduciendo como razón que a los adultos nos gusta la ingenuidad de los niños (de Homero, Esquilo, Sófocles y niños semejantes). Esto no quita que esas páginas, junto a otras más absurdas o más insulsas aún de Engels, hayan sido reunidas y traducidas en el volumen: Karl Marx y Friedrich Engels, **Sur le littérature et l'art**, textes trad. par Jean Fréville, Paris, Éditions Sociales Internationales, 1936), y que el compilador y traductor escriba en el prefacio: "Les textes inclus dans cette anthologie sont, à notre avis, nécessaires à la formation d'une critique littéraire marxiste en France, dont Lafargue (!) a été jusqu'ici le seul représentant, et à l'élaboration d'une histoire marxiste de la littérature française". Nota de Croce [Hay traducción castellana: Marx-Engels, **Sobre la literatura y el arte**, Buenos Aires, Problemas, c.1942. Nota de H.T.].

<sup>14</sup> "¡Pero quienquiera que sea ves ahora / a uno de los dos que el fuego han encendido!". Los versos pertenecen a **La Gerusalemme liberata**, poema épico de Torquato Tasso, escrito en 1581, según la traducción clásica de Juan Sedeño [Nota de la trad.].

entero el carácter de Labriola, y también para hacer entender bien la continuación de esta narración, las tres principales quejas que no cesaba de expresar contra el socialismo italiano.

La primera era la incultura, y junto con la animosa ignorancia, y, peor aún, la confusión, que reinaba en el círculo socialista, cuyo documento más notable le parecía el homenaje que los socialistas rendían al profesor Loria, inventor (según ellos) de la interpretación materialista de la historia, crítico del capitalismo y de la sociedad burguesa, anticipador de la fatal palingenesis social; el cual era, por el contrario, para Labriola, un plagiador de las ideas de Marx, un encubierto desacreditador del autor plagiado, en óptimo acuerdo con el mundo de la burguesía, un traficante de pseudosistemas para la gloria de su propia vanidad. Pronto, junto a la de Loria, vio ascender la figura, no menos odiosa para él, de Enrico Ferri, convertido al socialismo, quien declaraba haber hecho su “educación científica del socialismo” nada menos que con las obras de Loria, y tenía en la universidad de Roma un curso de sociología, donde aconsejaba a los alumnos “no leer Marx porque él no había entendido nada” y lo consideraba del todo “superado” (carta de noviembre del '96). Y en torno a estos dos mayores se movía una multitud de menores, que afirmaban teorías desquiciadas y daban por hechos establecidos patrañas y disparates.

La falsa autoridad y las falsas reputaciones de que estos gozaban le generaban a Labriola una irritación que incluía el espasmo, y lo inducían a un exagerado pesimismo, que terminaba por envolver a toda Italia, en la cual gente como esta prosperaba y cosechaba admiración y elogio. Poseía un olfato agudísimo de perro de caza para toda suerte de charlatanería, y se agitaba y enfurecía cada vez (y las ocasiones ciertamente no faltaban) que ese olor, de cerca o de lejos, le hería las fosas nasales. Incluso si se tratase de un inocuo e insignificante compilador de artículos de *Nuova Antologia* y de memorias académicas, como el profesor Alessandro Chiappelli, no se podía contener: “Me llega un fascículo de Chiappelli sobre **Premesse filosofiche del socialismo**. Si ves a ese inepto... hazle entender que su calidad de neo-comendador de la cual se vanagloria, no lo autoriza a decir (p. 36) que *Neue Rheinische Zeitung* (desconocida para él como el sentido común) fue un *órgano de los comunistas*, puesto que fue simplemente un periódico político hecho a expensas de los demócratas renanos, en el cual se maltrataba muy a menudo a los sedicentes socialistas y a los profesores eunucos” (23 de junio del '96).<sup>15</sup>

Si en el modo de esta polémica por la verdad y la seriedad contra la ignorancia y la charlatanería había una excesiva irritabilidad y cólera, una deficiencia de la flemma filosófica necesaria para reconocer la eterna necesidad de la ignorancia y la charlatanería y la función útil que los imbéciles ejercitan en el mundo (y que solo ellos saben ejercitar); un no saber discernir cuándo se necesita

partir a la batalla y cuándo sacudir los hombros, despreciar o sonreír: en otra parte de la disputa de Labriola contra el socialismo vivía un noble motivo, heredado del sentimiento italiano del *Risorgimento*, sensibilísimo en términos de amor patrio, y, al mismo tiempo, favorable a todos los pueblos que reivindicaban la independencia de su patria, y unido al patriotismo el ideal de la libertad, y por lo tanto del laicismo del pensamiento y de la civilización. La manera en la cual los socialistas conversaban de estas cosas le parecía no tanto bruta como boba, y en cada caso reproachable, y a veces delictuosa. Me bastará citar para esta parte una carta suya del 6 de junio del '96, en la cual, entre otras cosas, se hace mención de una mujer, que llegó a ser, veintitrés años después, famosa, porque fue jefa del intento de revolución espartaquista en Alemania y pereció en la represión de aquel intento. Pero, en 1896, Rosa Luxemburg había combatido, en *Die Neue Zeit*, al movimiento nacional polaco, sosteniendo contra este el acuerdo del proletariado polaco con el ruso por los intereses de su clase, con plena indiferencia hacia el destino de la patria; de ahí la indignación de Labriola, que empleaba hacia ella palabras feroces y ciertamente injustas:

En uno de los próximos números de *Die Neue Zeit* verás el revés de la medalla de la cuestión polaca, a propósito de esa tal Rosa Luxemburg, que efectivamente se llama Kuczynska. Kautsky la ha hecho importante al publicar los artículos de esa mujer equívoca: pero él, verdaderamente, no estaba en Stuttgart. Y ha tenido una buena reprobación de muchos, yo incluido. Fíjate que el partido alemán subsidia desde hace rato al partido polaco autónomo, y que la revolución polaca fue ya votada en el Congreso austriaco de Praga de abril último. No son simpáticos estos socialistas italianos, verdaderos herederos del amorfista Bakunin, para quienes todo es lo mismo, ¿el Zar y el ministro Rudini, la burguesía francesa y el gobierno turco, Leone XIII y el Abuna, Umberto y Menelik? Tanto es así, que han combatido la política africana al grito de: ¡*Viva Menelik!* Habrás visto en el último número de *La Critica sociale* que la cuestión de la libertad de la enseñanza no interesa en absoluto a los proletarios y a los socialistas: todo es lo mismo, incluso si la Universidad fuera entregada a los dominicos. A propósito: he cambiado de idea, y en la apertura de la Universidad volveré a tratar la libertad de la enseñanza según aquel esquema que viste en *Beilage*, que mientras tanto me agradecería que fuese reproducido en algún periódico.

En la guerra greco-turca estuvo, naturalmente, a favor de Grecia contra Turquía, como había estado en la guerra de Italia contra Abisinia, incondicionalmente, por la expansión italiana en aquellas tierras. Me escribía el 11 de marzo del '97:

¿Conoces al profesor Triantafyllis? Dame alguna información precisa sobre él. La necesito.

Hasta ayer he creído que el gobierno italiano, hecho en cierto modo prisionero de la opinión pública, habría entendido qué vía debía tomar. Pero no parece que Rudini haya jamás tenido la vocación de entender. ¿Cuál más bella ocasión para reducir la *Triple* a los mínimos términos (antes que desaparezca), des-

<sup>15</sup> Alessandro Chiappelli, *Premesse filosofiche del socialismo*. Memoria letta all' Accademia della Società reale di scienze morali e politiche di Napoli, Napoli, Tipografia della Università, 1897. Nota de Croce [hay trad. castellana: *El socialismo y el pensamiento moderno*, Barcelona, Biblioteca Sociológica internacional, 1905. Nota de H.T.].



montar la Doble y meterse en las cosas de Oriente con una política propia, en la cual sería posible conciliar lo *útil* con lo *placentero*, el cálculo con el altruismo?

La historia no tiene siempre sus intérpretes: el peor papelón lo han hecho los socialistas alemanes y con el *Vorwärts* a la cabeza. Que había entre ellos muchos pequeños burgueses, *Inhaber* [propietarios] de acciones de las bancas crediticias de Turquía, se sabe: pero que un gran partido se diera el aire de no entender una *situación* nueva, porque Marx y Engels, veinte años antes, creían útil la conservación de Turquía contra la invasión rusa, es por lejos una cosa que raya en el cretinismo.

**Avanti**, de reciente creación en Roma, lo hacía perder la paciencia; sobre todo por el modo en el cual hablaba de la patria, repitiendo la frase estúpida de que "la patria es un concepto burgués", y por la no menos estúpida indiferencia y superioridad fingida sobre las cosas de la religión y de la Iglesia, y la inconciencia de la fuerza y del peligro que esta representa para los ordenamientos libres y para el mismo porvenir del proletariado. He aquí una de sus explosiones:

Estoy (a propósito) en estado de extrema irritación por este bendito **Avanti**; no porque esté mal empastado, cosa natural en un periódico que recién comienza; no porque se imprima en lo de Perino por debajo de la tarifa, a quien ha vendido sus anuncios, porque eso es italianamente plausible; no porque sea la dirección de muchos ex estudiantes, goliardos, aventureros, y bandas similares; no porque haya desmentido el artículo de Ferrero y publicado esas bellas porquerías de Zerboglio, Lombroso, Pozzi y similares; no porque diga impertinencias estúpidas; no porque haya rogado inútilmente hasta ahora para que anuncien tu opúsculo sobre Loria; ni por otras cosas similares: sino principalmente por ese artículo de hoy dirigido a **Osservatore romano**, en el cual un estúpido empaste de doctrinarismo de taberna de aldea y pretendida ironía de Arlequín dan como resultado que el socialismo se confunda con el sciosciammocchismo.<sup>16</sup> Son tantas las parodias que he oído hacer intencionalmente de la gente que habitando en Roma no comprende que los socialistas puedan hablar de ese modo del catolicismo, de la religión, de los sacerdotes y del Vaticano, que yo hubiera ido a apalearlos a todos. No es en absoluto posible que uno se tome en serio alguna complicidad con semejante gente.

Aun en lo peor que salía de su boca contra Italia y los italianos había un inmenso deseo de ver a Italia crecer y configurarse como país moderno y estar a la par de los otros mayores. Tomaba formas como esta:

(22 de octubre del '98). La cosa extraña es cómo Italia, que posee un gran número estafadores de poca monta que intentan estafarse recíprocamente, no es buena para armar una de esas grandes compañías de estafadores de gran estilo que en los otros países consiguen crear las así llamadas fuerzas de la

civilización que son el capitalismo, la colonización, la conquista del mercado y demás. Es un estiércol que, no empleado en forma de abono, apesta el aire.

Las cosas que he expuesto dan razones de por qué Labriola estrecharía lazos de afecto y confianza hacia mí, que no era tanto por esos pequeños servicios que le hacía de editor y corrector de borradores y divulgador de sus escritos, como por saberme de acuerdo sobre estos tres puntos capitales: 1) defensa de la cultura frente, e incluso dentro, el socialismo; 2) serio sentimiento patriótico; 3) intransigencia hacia las opresiones políticas y el oscurantismo eclesial. "Nosotros (me escribía el 31 de diciembre del '96, y entendía con el "nosotros" a los italianos) no hemos salido todavía del bakunismo, y el socialismo italiano está todavía conformado de *inadaptados*, *aventureros*, *estafadores* y *esnobistas*. Como ves, esto no es otra cosa que una bella ocasión para hacer todo lo contrario". "Nosotros (decía en la misma carta; y aquí el "nosotros" no eran más los italianos, sino nosotros dos), nosotros parece que tenemos algo mejor que hacer para defender el socialismo científico; y luego vendrán aquellos que sean aptos para hacer uso de él".

"Nosotros dos", pero también con nosotros, tercero, Georges Sorel,<sup>17</sup> a quien él había descubierto en la común colaboración para **Le Devenir social**, y con quien se entendía bien en aquellos dos primeros años de que se conocían, y que procuró que se convirtiera en mi amigo y yo en el suyo. Aconsejó incluso al director de esa revista que me invitara a colaborar; y en efecto, después de algún impedimento inicial a causa de la lección suministrada por mí a Lafargue, vinieron las invitaciones, que gradualmente se convirtieron en premuras e insistencias. Pero yo me retrasaba porque sentía que no había todavía algo mío para decir y me importaba continuar los estudios y las meditaciones emprendidas sobre el marxismo. Labriola me proponía hacer con el profesor Loria aquello que había hecho con Lafargue, rindiendo este servicio a la verdad, purificando en Italia el aire que el socialismo respiraba. Loria se había transformado para él en una obsesión; creo que fue él quien lo puso bajo la mirada de Engels, quien lo encaró violentamente en el prefacio al tercer volumen de **El Capital**<sup>18</sup>; y ahora me instigaba a procesarlo y ajusticiarlo con todas las formas y las ceremonias correspondientes. Por qué yo, y no él, debía cumplir esta obra, no me quedaba bien claro: pero se me volvió clarísimo algunos meses después, cuando, yéndome de veraneo, me llevé conmigo todos los volúmenes de Loria, leídos primero solo en parte y con fastidio, e hice de ellos un estudio metódico. En él, buscando ir al fondo del pensamiento del autor y de reducir en términos precisos el concepto, que circulaba en todos sus volúmenes, de la "tierra libre", o sea de lo específico, que él se jacta-

<sup>16</sup> "Sciosciammocca", personaje cómico del teatro popular napolitano, entonces representado por el actor Eduardo Scarpetta. [Nota de Croce].

<sup>17</sup> La literatura sobre Sorel es copiosa; pero me parece al mismo tiempo curioso y un deber señalar dentro de ella el reciente libro, rico en simpatía e inteligencia, del jesuita Víctor Sartre, **Giorgio Sorel. Élités syndicalistes et révolution prolétarienne** (París, Spez, 1937), cuyos juicios me parecen en general acertados. [Nota de Croce].

<sup>18</sup> Friedrich Engels, "Apéndice y notas complementarias al tomo III de *El Capital*", en Karl Marx, **El Capital. Crítica de la Economía Política**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2001, vol. VIII, p. 1125 y ss. [Nota de H.T.].

ba de resolver la “cuestión social”, me encontré, en fin, en las manos un sincretismo incoherente, un razonamientito desquiciado, de Loria enriquecido y lujosamente vestido de conocimientos económicos no originales, de compiladas y traidoras noticias históricas y de retórica pomposa. Arribado algunos meses después Labriola, en calidad de comisario de exámenes, a Perugia, donde yo veraneaba, le di a leer mi manuscrito, del cual estaba poco satisfecho por la pobreza misma del autor criticado. Al día siguiente, le pregunté qué le había parecido, y me respondió que había leído, pero debía releer; y así el tercero y el cuarto día, hasta que el quinto me manifestó todo su júbilo por el modo en el cual había conducido la demostración. ¿Pero en conclusión (me preguntó con cierto asombro) no hay en Loria otra cosa que esa miseria que has dicho? ¿Y qué otra cosa pensaban que habría? (respondí con el mismo asombro). Me di cuenta en aquella ocasión que él tenía, ciertamente, una segura intuición del escaso valor de ciertos hombres, y particularmente de la falta de sinceridad, pero no la paciencia y la capacidad para examinar parte por parte sus escritos, y de hallar en ellas el cabo lógico, y juzgarlas y definir las. Cuando mi ensayo salió en francés en *Le Devenir social*<sup>19</sup>, me reconfirmó su aprobación: “El artículo tuyo en *Devenir social*, que temías que fuese una cosa mezquina, me ha dejado la impresión de una pequeña obra maestra; me ha casi reconfortado del aburrimiento de estos días” (5 de diciembre del ‘96). Y me hizo enviar copias a todos aquellos que creía que necesitaban de aquella medicina mental. Encuentro en una carta suya (25 de diciembre del ‘96): “Aquel tal profesor de Salamanca, admirador de Loria, se llama Don Miguel de Unamuno. Envía, pues”.

Además se me dio fácilmente de satisfacer su curiosidad de investigador de la historia del comunismo y del socialismo, llevando a cabo investigaciones de este tipo; y una vez le pesqué en los periódicos italianos de 1848 una carta de Marx, director de *Neue Rheinische Zeitung*, al Alba de Florencia para entablar relaciones con los demócratas italianos (y reproduce aquella carta en *Critica sociale*); y otra vez escribí una monografía corta sobre uno de los republicanos napolitanos de 1799, implicado en la reacción borbónica, que era comunista, Vincenzo Russo.<sup>20</sup> Sobre tal propósito observaba (11 de noviembre del ‘96):

Espero con interés tu escrito sobre Vincenzo Russo.

Es cierto que durante la Revolución francesa, más allá del comunismo explícito, hubo socialismo latente. Durante años en el programa de mis cursos (nunca se ha podido desarrollar en su totalidad) he usado justamente esa expresión. Es aquel socialismo que resulta *lógicamente* (pero solo *lógicamente*) del principio igualitario; es el socialismo que produce el babouvismo

(y luego el blanquismo). Saint-Just es el extremo de tal democracia igualitaria, como se demuestra en sus escritos y discursos. Murió demasiado joven para alcanzar todas las deducciones de sus principios. Por otra parte, es claro que la conspiración de Babeuf resultó del encuentro de dos corrientes: la comunista y aquella de los restauradores de la Constitución del ‘93, o sea de los republicanos espantados por la reacción del Directorio. Este socialismo, que es una *deducción* del principio democrático, debe estudiarse aparte, o sea independientemente de todo socialismo religioso, o de origen económico unilateral, o puramente utópico. Una vena de este socialismo entra también en el marxismo, el cual precisamente por eso no parte del organismo social, y no pretende instalar un jefe en un organismo social, sino que concibe una producción colectiva que garantice la máxima libertad individual.

Pero, si me era fácil contentarlo desarrollando una metódica crítica de Loria o efectuando investigaciones históricas sobre este o aquel comunista, no me era, no sólo fácil, posible corresponder a las mayores esperanzas que tenía en mis respuestas. Terminó dándose cuenta de eso mismo y, en los momentos de mal humor aunque sin sombra alguna de malevolencia me llamó un “intelectual”, un “literato”, un “indiferente a la lucha de la vida”, un amante sólo de los “debates de las ideas en los libros”, un “epicúreo contemplativo”, y, más, un hombre laborioso al estudiar y escribir únicamente para huir del aburrimiento que lo amenazaba; y similares. Poseo muchas de sus cartas con esta entonación, de las cuales creo que basta con haber indicado el *leitmotiv*. Sin embargo, la cosa no se daba en términos tan simples; y estos juicios del exterior desconocían, como es habitual, el sentimiento íntimo y me causaban culpa. El diletantismo intelectual y literario era contrario a mi temperamento; de huir del aburrimiento no sentía ninguna necesidad, porque recordaba por ciertos dolores crueles de no haberme aburrido nunca, habiendo poseído siempre algún afecto que me animaba y algún trabajo para cumplir. La verdad es que estaba aferrado de una pasión taciturna y tenaz por la investigación científica, dirigida a resolver algunos problemas que estaban en el fondo de mí ser y que fatigosamente venía sacando afuera y aclarándome a mí mismo. Y puesto que siempre he tenido por señal de sanidad espiritual que el hombre tenga una pasión dominante y una correspondiente actividad principal, merced a la cual da armonía y orden y jerarquía a todas las otras pasiones y actividades que como hombre le pertenecen, era natural que no pudiese sentir al socialismo, y a la política en general, del mismo modo en que la sentía un hombre de predominante pasión y disposición política; y, con esta consideración, tendía a permanecer apartado, aunque no imparcial. Cuando escribí mi *Storia d’Italia dal 1871 al 1915*, la cual, más que sobre libros, es elaborada con mis recuerdos y mis experiencias de aquel período, mi viejo amigo y viejísimo parlamentario Giustino Fortunato no sabía darse cuenta cómo era posible que yo hubiese recogido todos aquellos conocimientos y formado todos aquellos juicios, y fuese así plena y exactamente informado y entendedor de las condiciones de entonces y del espíritu que movía las obras, no habiéndome jamás oído conversar de política y de hombres políticos y apasionarme a favor y en contra de ellos, ni habiendo podi-

<sup>19</sup> Benedetto Croce, “Les théories historiques de M. Loria”, en *Le Devenir social*, año II, noviembre 1896, París, pp. 881-905, incluido por Croce en su volumen *Materialismo storico ed economia marxistica*, Milano / Palermo, Remo Sandron, 1900. Hay versión castellana en: Benedetto Croce, *Materialismo histórico y economía marxista*, Buenos Aires, Imán, 1942, pp. 43-80. Trad. de Oberdan Caletti. [Nota de H.T.]

<sup>20</sup> Benedetto Croce, “Vincenzo Russo. Contributo alla storia del socialismo in Italia”, en *La Riforma sociale*, año III, n° 6, Torino, 1896, pp. 361-380, incluido luego en *Studi storici sulla rivoluzione napoletana del 1799*, Roma, Loescher, 1897. [Nota de H.T.]



do jamás distraerme del trabajo de los estudios; y, manifestándose este estupor suyo, yo le respondí que había conseguido todas aquellas cosas únicamente por mi cualidad de ciudadano italiano, que nunca había abandonado. A Labriola la teoría marxista del “plusvalor” y del “materialismo histórico” le importaban sobre todo a los fines prácticos del socialismo; a mí me importaban sobre todo a fin de aquello que se pudiese o no extraer para concebir de modo más vivo y pleno la filosofía y entender mejor la historia. Ni a él la ciencia le era indiferente, ni a mí, en verdad, la acción práctica; pero el acento que poníamos sobre la actividad era diverso y casi opuesto: la naturaleza nos había destinado diferente trabajo. El se ilusionó durante un tiempo de haber encontrado en mí a su colega y sucesor en la custodia y en la defensa de la genuina tradición marxista, que era la fuerza del socialismo; pero yo no me hice ilusión alguna al respecto, y aquella que él llamaba pereza de literato, era en realidad trabajo de pensador, a su modo político en su propio círculo.

Mientras tanto yo, escuchando y meditando, había llegado después de casi un año a una conclusión propia en torno al materialismo histórico; o sea había dado respuesta a la pregunta sobre qué cosa se podría llevar para la filosofía y para la historia. El materialismo histórico se me develó doblemente falaz como materialismo y como concepción del curso histórico según un diseño predeterminado, variante de la hegeliana filosofía de la historia. Pero, por otra parte, vi nacer de una tan ardiente experiencia histórica, de una visión tan penetrante del gran papel que la economía tiene en las vidas humanas, que no estaba dispuesto a pasarle al lado con la suficiencia de quien, demostrado el error de una doctrina, cree haberse liberado de todo lo otro que la doctrina contiene y de la exigencia que la ha hecho surgir. Y, considerando las condiciones de la historiografía en aquel tiempo, tratada por eruditos y por filólogos, que no aportaban más que un genérico y superficial conocimiento de las cosas humanas, y sentimientos fríos y convencionales, estimaba que el materialismo histórico sería un gran beneficio cuando fuese entendido no ya como una filosofía de la historia o una filosofía sin más, sino como un canon empírico de interpretación, una recomendación a los historiadores de prestar la debida atención, que hasta entonces no se le solía dar, a la actividad económica en la vida de los pueblos y a las imaginaciones, ingenuas y artificiosas, que en ella se originan.

Todo eso dije en una memoria académica de título significativo: **Sulla forma científica del materialismo storico**, que leí el 3 de mayo del '96 en la Accademia Pontaniana de Nápoles y que saqué casi al mismo tiempo que el libro de Labriola. Lo dije con mucha cautela y como si no se tratase de un pensamiento mío, sino de algo que ya estaba en Labriola y en el mismo Marx: en el que ciertamente estaba equivocado, pero fui inducido no tanto por una táctica de contendiente que procura reconciliarse y atraer al adversario, como de una verdadera candidez de confianza en que Marx y Labriola no podrían no haber pensado, en el fondo, aquello mismo que me parecía verdadero.

Labriola acogió aquellas observaciones mías como quien no se halló con ellas desde el principio. Me escribe el 24 de mayo del '96:

Todas las observaciones y reservas que haces son fundadas es decir, que tienen fundamento en la cosa misma o sea no son extravagantes o puramente subjetivas. Pero en el fondo de tu pensamiento hay un presupuesto *formal*, o sea un prejuicio, de que se pueda saber más de cuanto efectivamente se sabe. Repiensa, te ruego, esta fórmula improvisada.

Y el día después:

He releído hoy tu carta y me parece que tus observaciones son de mayor peso de lo que me parecieron ayer. Son, en verdad, arrojadas a la buena de Dios. Por lo tanto hay que pensar en ellas nuevamente, por más tiempo, y repetidamente, para tomar algún partido.

Tengo en mente que él no tuviese cuidado de aquello que Dante llamaba “el veneno del argumento”.<sup>21</sup> Pero, de cualquier modo, por entonces mi oposición pasó sin problema y a él no le pareció oposición.

Pero yo continuaba mientras tanto las indagaciones en torno a las doctrinas económicas de Marx y a su teoría del valor y del plusvalor; y para tal fin no solo había estudiado a los economistas clásicos desde Smith y Ricardo hasta su digno continuador contemporáneo, Marshall, y nuestros italianos, Pantaleoni y Pareto, sino que había dedicado una especial atención a la considerada escuela austríaca de economía y a las orientaciones afines a ella, que los marxistas pensaban entonces como su principal enemiga y, más bien, como una *coniuratio* de la burguesía para la defensa, con apariencia doctrinaria, del capital y de la ganancia. Ahora, en esta indagación desprejuiciada y escrupulosa, llegué a una conclusión análoga a aquella a la que había alcanzado en torno al materialismo histórico: es decir que la teoría de Marx no era el fundamento de una nueva ciencia de la economía ni a ella, rigurosamente hablando, pertenecía, porque el concepto base de plusvalor era lógicamente incorrecto y más bien absurdo; y que la ciencia verdadera y propia de la economía se encontraba mucho mejor representada por la vituperada escuela austríaca: pero que, por otra parte, si no a la ciencia económica, la obra de Marx contribuía a la conciencia social, iluminando, con una serie de ideas y comparaciones, el encuentro de los trabajadores con los capitalistas. Cerrando mi pensamiento en una fórmula, dije que el plusvalor marxista era la consecuencia de un parangón elíptico entre una abstracta sociedad compuesta por puros trabajadores asumida como modelo, y una sociedad con capital privado; y esta solución y esta fórmula las enuncié en una nota a la edición italiana de mi ensayo sobre Loria.<sup>22</sup>

El opúsculo con la nota llegó a Labriola en un tiempo en el cual estaba enredado en graves fastidios, porque, invitado por sus colegas a abrir con un discurso el año lectivo '96-97 en la Universidad

<sup>21</sup> Croce refiere aquí al verso “velen dell'argomento”: veneno del argumento. En el canto trigésimo primero del Purgatorio, *La Divina Comedia*. [Nota de la trad.].

<sup>22</sup> Benedetto Croce, “Las teorías históricas del profesor Loria”, en *Materialismo histórico y economía marxista*, *op. cit.*, p. 55 [Nota de H.T.].

de Roma, habiendo tomado como tema: *L' Università e la libertà della scienza*, el ministro de educación, presente en la ceremonia, que no conocía ni el pensamiento ni el hacer de Labriola, creyó dirigidas a él algunas palabras del discurso, y el Consejo académico y los otros profesores se precipitaron a tirar por la borda al colega, mientras los diarios se llenaban de alboroto y ocurrencias contra el profesor socialista. También entonces yo estaba del lado de mi profesor y amigo, y, puesto que el Consejo académico había pedido que el discurso fuese modificado en muchos puntos, aconsejé a Labriola que no modificara nada; y, puesto que el mismo Consejo acordó no incluir el discurso en el anuario de la Universidad, de él me hice editor, declarando en la advertencia que era uno de los más nobles y elevados que jamás hayan resonado en las universidades italianas; y, puesto que muchos proponían y recomendaban a Labriola agregar a la impresión notas defensivas y polémicas, y él viendo falseado su pensamiento en los periódicos, se inclinó por insistir calurosamente para que publicase el discurso desnudo y crudo. De eso se persuadió (1º de diciembre del '96):

Buenísimo. Te has convertido, entre otras cosas, en un hombre político. Lo mismo que me dices, me lo mandó a decir Gallo (¡qué debería ser ministro en lugar de Gianturco!). O sea Gallo es de esta opinión: que mientras tanto unos han considerado la admonición del ministro como una prepotencia y como una bribonada, a mí me conviene publicar el discurso como simple *documento literario*, sin entrar en polémicas con ninguno y sin entrar en excusas y explicaciones.

Me escribió también entonces (y si me concediera transcribir estas palabras de más de cuarenta años atrás, que vienen del mundo de los muertos): “tengo algún otro amigo además de ti, pero ninguno sin embargo te alcanza”.<sup>23</sup>

En medio de estos fastidios, Labriola no había dejado de decirme que la nota para mí apropiada a la edición italiana del opúsculo sobre Loria, en la cual enunciaba mi interpretación del “plusvalor” de Marx y establecía el encuentro entre su obra y la ciencia económica o economía pura, era “inoportuna”. Y puesto que yo me asombraba de aquel juicio, él (3 de diciembre del '96) me lo explicaba:

Hablando de la oportunidad de tu nota, yo quería decir que habías comprometido el valor objetivo de tu opúsculo ante las presuntuosidades de la economía. Pero, ya que hemos entrado en lo puro y en lo impuro, te hago algunas observaciones. Dentro de algún tiempo te convencerás de que la considerada *escuela austríaca* es una simple *excentricidad*. La economía no es una ciencia histórica, mejor dicho no es una abstracción de la historia. La economía clásica es la teoría de la producción burguesa. Aparecida la *crítica* del socialismo, aquella economía devino apologética (en especial en Francia, y en este mise-

ro reflejo de la historia que es Italia). Paralelamente nació la concepción histórica, o simplemente descriptiva o incluso genética. De todas estas diversas cosas nació el eclecticismo, que tolera a su lado al infinito *monografismo* sobre puntos especiales. Ahora bien, ¿a qué clase de hecho nuevo corresponde la escuela austríaca? Llamarla una continuación de la escuela clásica es un absurdo. Aquella partía del proceso de la producción (como después Marx). La escuela austríaca, por el contrario, supone los *bienes* (¿venidos de dónde?) y los confronta no con la psicología históricamente dada en una determinada sociedad, sino con aquellos entes abstractos que llama valoraciones hedonistas. Y aquí me enloquezo. Luego, en cuanto a los ejemplos que tú citas de abstracto y concreto etc., de general y particular, sin cavilar acerca de lo anticuado de tales términos, me basta detenerme en aquello que dices del arte, porque te percatas que estás desencaminado. La estética es independiente del arte, porque el juicio estético es inseparable de la conciencia, y el arte puede serlo o no serlo, y no está hecho *solo de estética*. En resumen se puede hacer una teoría del juicio estético, una teoría del arte y una historia del arte; y eso no es pasar del puro al derivado, del general al particular. Por el contrario existe una *economía*, y por lo tanto una descripción de ella, o una teoría de sus formas; pero no existe un juicio económico independiente, del cual se pueda elaborar la teoría. Y no sé si me he explicado.

Sí se había explicado muy bien, o sea había vuelto a asediar la tesis a la que yo me había opuesto; y la fórmula de su aserción descubría el vicio de la arbitrariedad y de la contradicción, cuando admitía una teoría del juicio estético universal, o esa del arte, y no quería admitir una teoría del juicio económico universal, o sea una economía pura. A tal cosa, aproximadamente, le debí responder, porque él convirtió o restringió la primera acusación en otra de antihistoricismo y de platonismo, en esta cartita (25 de diciembre del '96) que es muy espiritual, pero que hería al platonismo y no a mi tesis sobre la ciencia económica pura:

Aprovecho esta ocasión para decirte que te has aventurado demasiado al afirmar la existencia, aunque sea hipotética, de la economía pura. ¿Y por qué no el derecho puro, la estética pura, la mentira pura? ¿Y la historia, a dónde se va? Por este camino se arriba a las ideas de Platón o a la Escolástica. A propósito. ¿Sabes cómo un profesor de filosofía del Liceo del Salvatore (antes del '60) sacerdote de oficio y frecuentador de la boletería del Corpo di Napoli, donde daba a quienes pasaban los números de la lotería definía las ideas de Platón a los escolares? ¡*Imaginate tantos caciocavalli adormecidos!*<sup>24</sup>

Pero tampoco esta discrepancia tuvo, por entonces, consecuencias; Labriola siguió pensando en la prosecución de sus ensayos y yo me mantuve dispuesto a ser su editor. Primero dio forma al proyecto de escribir un comentario sobre el **Manifiesto comu-**

<sup>23</sup> Antonio Labriola, “L' Università e la libertà della scienza”, Roma, Loescher, 1897, trad. como “La Universidad y la libertad de la ciencia”, incluido en A. Labriola, *Pedagogía, historia y sociedad*, Salamanca, Sígueme, 1976, p. 226 y ss. [Nota de H.T.]

<sup>24</sup> Los *caciocavalli*, como es sabido, son quesos de forma alargada que terminan en algo semejante a un cuello y una cabeza y se conservan colgados en fila en una vara en lo alto. [Nota de Croce].



nista, aproximada al tipo de aquel que hizo después Andler:<sup>25</sup>

(23 de abril del '96). En estos dos meses de mayo y de junio que estoy todavía en Roma trabajaré en ordenar los elementos y los materiales del ensayo que debe titularse: *Introduzione e commento al "Manifesto dei comunisti"* (incluida allí la traducción auténtica del texto), tal ensayo será al mismo tiempo a) un comentario directo; b) una orientación sobre la historia del socialismo; c) y una dilucidación de la historia de Europa, de 1830 al '52, puesto que es el terreno en el cual nace el socialismo científico.

La muerte de Engels me ha privado de la ayuda de muchas fuentes. Ahora espero la gracia, o el desaire, del *Parteiarchiv* [archivo del Partido] de Berlín que me recupere de la biblioteca legada por Engels ciertos libros y periódicos.

Junto a esto, contemplaba otro pensamiento:

Sorel me acosa con cartas para tener un artículo para *Devenir*. Habrás visto que en el último fascículo me han elevado al séptimo cielo.

He terminado por prometerle uno, *volens nolens*, con el título: *La società futura, ossia la prevedibilità della storia*. Sería como la explicación de las últimas páginas del segundo ensayo.

Este artículo sin duda lo escribiré, y quizá pronto. Si después lo fundiré con el ensayo del comentario al *Manifiesto*, o si lo publicaré aparte en italiano, es una cosa para ver...

Por algún tiempo pareció detenerse sobre este segundo tema:

(23 de julio del '96). Debería preparar, paseando contigo, también el III ensayo *La società futura*, que, en un cierto sentido, será una sátira objetiva del socialismo como fantasía de esperanza. Y, en el fondo luego, este deseo que tendría de reencontrarte deriva también de otra cosa, que es el presupuesto de todo el resto, y o sea del hábito que tengo de desearte mucho bien, con el que tú tal vez no estés de acuerdo.

Pero terminó por no hacer nada, ni uno ni el otro proyecto, y se puso a escribir aquellas cartas a Sorel que llevaron el título: *Discorrendo di socialismo e di filosofia*, y que como tercero de los *Saggi intorno alla concezione materialistica della storia* publicó hacia fines del año '97.<sup>26</sup> "¿Hay en estas cartas (me preguntaba al enviármelas para la impresión) un cierto hilo, un cierto contenido y un cierto fin? Dímelo tú". Ciertamente lo mejor de aquellas cartas estaba (no obstante la confusión que se hacía entre las vivas categorías mentales y las abstracciones de las cien-

cias, entre la filosofía que no soporta sistemas cerrados y la filosofía sin sistema) en la tendencia, que de cualquier manera se proyectaba, hacia un más articulado y actual filosofar, y una más concreta historiografía.

Asimismo, aprovechando la ocasión de aquel tercer pequeño volumen, presenté el 21 de noviembre de aquel mismo año a la *Accademia Pontaniana* una amplia memoria: "Per l' interpretazione e la critica di alcuni concetti del marxismo"<sup>27</sup>, en el cual las soluciones ya señaladas por mí en torno al materialismo histórico y a la teoría del plusvalor eran enérgicamente retomadas, desarrolladas en los detalles, enriquecidas con muchos otros problemas y, en resumen, todas las tesis filosóficas científicas de Marx eran negadas, asignándole a Marx el carácter no propiamente y no principalmente de filósofo ni de científico, sino de vigoroso ingenio político, o más bien de un genio revolucionario, que había dado ímpetu y consistencia al movimiento obrero, dotándolo de una doctrina historiográfica y económica, hecha especialmente para eso.<sup>28</sup> En verdad (y si se me permite advertirlo aquí de pasada) a la ciencia y la filosofía de sola apariencia e "ideología de clase" Marx no habría debido ir a buscarla cerca de Descartes y Spinoza, Kant y Hegel, sino cerca de sí mismo: tal cosa no suprime, más bien funda, su importancia histórica de creador de un nuevo evangelio y de apóstol del pueblo y de los proletarios: evangelio destructor de todo idealismo de la vida humana, y que por eso mismo da una fuerza terrible en su mano al apóstol. Ni aquí se olvidan aquellos que podrían llamarse los orígenes religiosos del materialismo histórico y del comunismo dialéctico, no ocultos para quien conozca las vicisitudes de la izquierda hegeliana, la cual, habiendo destruido con su crítica radical el cristianismo y la persistente idea teística y afirmado el ateísmo, no encontraba como precedente a sí otro elemento religioso que la "humanidad", y esta le parecía ofendida en su pureza e impedida en su libre expansión por las divisiones y los contrastes de clases (o sea de la historia), donde la exigencia del comunismo habría concretado la verdadera libertad, el verdadero mundo de la humanidad (liberado de la historia). En Marx, la tendencia a hacer *tabu-*

<sup>27</sup> Benedetto Croce, "Per l' interpretazione e la critica di alcuni concetti del marxismo", en *Atti della Accademia Pontaniana*, vol. XXVII, Napoli, 21 de noviembre de 1897, incluido en: Benedetto Croce, *Materialismo histórico y economía marxista*, op. cit., p. 81 y ss. [Nota de H.T.].

<sup>28</sup> Me parece que la interpretación del marxismo como fórmula revolucionaria y no ya de ciencia y filosofía, se va ahora, finalmente, haciendo camino y que domina en el libro del marxista-comunista Sidney Hook, *Pour comprendre Marx* (ed. francesa: París, Gallimard, 1936), p. 98: "La vérité objective du marxisme se réalise dans l' acte révolutionnaire instruit. Le marxisme n'est ni une science, ni un mythe, il est une méthode réaliste d'action sociale", p. 206: no es "une théorie systématique de la réalité partant des premiers principes évidents par eux-mêmes au sujet de la nature d' être", etc., pero es "une théorie de la révolution sociale". De forma similar toda vuelta a la obra del revolucionario, y prescindible de aquella del teórico, es la otra obra, reciente, de B. Nicolaievski y V. Maenchen Helfen, *Karl Marx* (París, Gallimard, 1937). Puesto que he citado a Hook, advierto aquí que también este cae en una confusión no infrecuente en la literatura marxista, que es la de tomar a Antonio Labriola por un publicista y hombre político socialista de la generación siguiente y que todavía vive, allí donde el nuestro murió hace treinta y cuatro años: p. 44: "Sorel partagea avec Arturo (sic. corr. Antonio) Labriola la réputation d' être l' esprit philosophique dominant parmi les marxistes". Nota de Croce [hay ed. castellana de B. Nicolaievski y V. Maenchen Helfen, *La vida de Carlos Marx. El hombre y el luchador*, Madrid, Ayuso, 1973. Nota de H.T.].

<sup>25</sup> *Le manifestes des communistes*, traduction nouvelle, introduction historique et commentaire par Charles Andler, París, Société nouvelle de Librairie et d' édition, 1901). Nota de Croce [hay edición castellana: Carlos Marx – Federico Engels, *Manifiesto del Partido comunista*, Madrid, Biblioteca Internacional de Ciencias Sociales, 1906, 192 pp. Traducción de Rafael García Ormaechea de la edición francesa de Charles Andler. Nota de H. T.].

<sup>26</sup> *Socialismo y filosofía. Consideraciones sobre filosofía, política, economía, historia desde el punto de vista marxista*, Buenos Aires, Claridad, c. 1936, traducida del francés por Luis Roberts; *Socialismo y filosofía*, Madrid, Alianza, 1969, trad. de Manuel Sacristán. [Nota de H.T.].

La *rasa* de la historia era, prácticamente, frenada y moderada por ser él un hombre del '48, que nunca perdió del todo la conciencia del valor fundamental de la libertad y siempre aborreció los absolutismos y los pactismos proletarios con los absolutismos y apoyó la unión con los partidos demócratas y liberales; y además de la dialéctica hegeliana, de él recibida en su juventud, donde concebía el advenimiento del comunismo como conservación y enriquecimiento de la anterior civilización, y lo preveía y auguraba en los países más desarrollados, como Inglaterra y Francia, y era respetuoso y cauto con la lentitud de los desenvolvimientos históricos; diversamente de aquello que ocurría en el anarquismo a la Bakunin (firmemente por él rechazado), el cual se diría, en verdad, que ha impregnado al comunismo contemporáneo y prácticamente sea predominante sobre el espíritu originario del marxismo. Pero interrumpo estas consideraciones, por importante y actual que sea el tema, y vuelvo a mi simple relato.

Labriola reprobó ásperamente mi nueva memoria académica, y de eso me escribió muchas veces, rebatiendo las cosas que ya he referido antes sobre mi actitud de literato y de epicúreo intelectual, y contra la economía pura y contra cada teorización de categorías filosóficas, todas rebajadas a categorías históricas; y así discurriendo. Rozaba, en un cierto punto, la realidad de mi situación espiritual, pero por entonces al menos, en ella no se explayaba, y ni entendía ni reconocía el derecho, la razonabilidad y la necesidad a los fines de la ciencia.

(28 de febrero del '98) Podrías también coincidir conmigo en esto, que disputas en lugar de exponer, y disputas solo contigo mismo. De hecho los no socialistas no estarán agradecidos de tu marxismo, y los socialistas no sabrán en qué grado tú no sabes dónde colocar al marxismo. En otros términos: disputas con tú mismo para saber qué uso debes hacer del marxismo, pero no para saber qué cosa sea. Si no, sería absurdo que digas que Marx no tenía plena y precisa conciencia de lo que hacía. ¡Pero se irrita con la continua reflexión de los límites y las razones de su actividad científica!

Donde es claro que yo, por ver cuál “uso” se debería hacer de las doctrinas de Marx en el círculo de la filosofía y de la ciencia, no podía no establecer “qué cosa” ellas fuesen, pero aquello que “realmente” fuesen y no aquello que Marx imaginó que fuesen cuando imaginó ser un investigador de verdad, él que, como todo temperamento político, no quería “conocer” el mundo, sino “cambiarlo”.

Sostuve aquellos arrebatos de Labriola con ánimo moderado, y continué ofreciéndole mis servicios de editor, hasta que (en marzo del '98) me escribió que habría considerado si le convenía “armar un nuevo volumen, de los pensamientos, de las ideas y cosas semejantes”. En agosto, se proponía tratar en un cuarto ensayo el tema: **Sociologia, ricerca storica e filosofia della storia**. Incluso en diciembre anhelaba otro tema: **Storia narrata e materialismo storico**. Pero en aquel año sobrevino para turbarlo y exasperarlo la considerada “crisis del marxismo”, en la cual quienes la afirmaron y desarrollaron, y en particular Sorel en Francia y Bernstein en Alemania, se remontaban a mi examen meticuloso de los con-

ceptos históricos y económicos de Marx y aceptaban las conclusiones. Parecía que todos conspirasen para irritarlo. Sorel, ignorante del asunto, le proponía publicar en francés su **Discorrendo** poniéndole como introducción mi última memoria, que él había rechazado con horror; Bernstein le escribía, en octubre, para saber si “aceptaba mi memoria sobre los conceptos fundamentales”; otros ligaban su nombre al mío en la iniciativa crítica del marxismo, que ahora se convertía en la “crisis del marxismo”. Labriola no se resignaba a que yo, justamente yo, hubiese contribuido a desbaratar y poner en peligro de muerte la doctrina en la cual él me había introducido: la doctrina que en la que había estado la fe alcanzada por él en sus años maduros, y que le había abierto un mundo de sueños y del único y perpetuo candidísimo sueño de la edad áurea feliz a instaurar sobre la tierra, el cual, ciertamente, no sería lo esperado de encontrar en un hombre tan satírico y tan pesimista de temperamento y de palabras, como era él.<sup>29</sup> ¡Y, por añadidura, todo este trastorno y este daño yo lo había hecho inoportunamente, “razonando como literato”! Le parecía que, al mismo tiempo, yo usurpase una gloria que no me esperaba y me cubriese de un oprobio que merecía aún menos. Este curioso estado de ánimo se expresa en muchas cartas, que en esos meses me escribía, y de las cuales transcribo algún pasaje:

(9 de octubre del '98). Mi pequeño opúsculo se encuentra publicado por tu consejo y consta de cartas dirigidas a Sorel. Ahora, justamente ustedes dos, se pusieron a escribir aquello que han escrito, y esta santísima trinidad se hizo humo... No sé si esta crisis del marxismo existe, y si yo mismo no seré un representante o un autor. No sé y no me importa saberlo (si

<sup>29</sup> Se ve cuál y cuánto fuese ese sueño suyo en las páginas en las cuales dice que ya se abre a nuestros ojos la perspectiva de una sociedad “organizada de modo de darle a todos los medios para perfeccionarse”, de una sociedad comunista, en la cual el trabajo “pueda ser racionalmente moderado”, y donde, “sean removidos los impedimentos al libre desarrollo de cada uno”, los cuales ahora “diferencian las clases y los individuos”, porvenir en el que cada uno encuentre “en la medida de aquello que se necesita en la sociedad el criterio de aquello que para él es lo factible y lo necesario de hacer”, adaptándose a lo factible “no por externa restricción”, sino según “la norma de la libertad que es una sola cosa con la sabiduría” porque no puede haber “moral verdadera allí donde no está la conciencia del determinismo”; de una sociedad en la cual caigan “las antitéticas apariencias de lo óptimo y lo pésimo, porque la necesidad de trabajar al servicio de la colectividad y el ejercicio de la plena autonomía personal no forman más una antítesis, más bien aparecen como la misma cosa”, y cae “la oposición entre derechos y deberes”; de una sociedad “en la cual la benevolencia no es caridad”, y donde es natural que “cada uno se brinde según sus fuerzas y reciba según sus necesidades”, y la “pedagogía preventiva” elimina en buena parte el “motivo de la penalidad”; de una sociedad, en fin, en la cual “no se arraigue más la necesidad de buscar en el destino práctico del hombre una explicación trascendente” (**Discorrendo di socialismo e di filosofia**, 2ª ed., pp. 101-103). Labriola habría podido añadir, siguiendo el hilo de su discurso, que en tal sociedad, toda determinada, en ese perfecto mecanismo automático, no habría más historia: ni una historia para escribir, ni una historia para hacer. Con sonrisa amarga se releen estas imaginaciones sobre la abolición que en el comunismo sucedería del Estado en pos de la sociedad; sobre la plenísima libertad de la que, sucesora del milenarismo dominio de la necesidad, gozarían todos los hombres: sobre la desaparición de los delitos y de las penas, etc. etc.; cuando se hay ante los ojos, en el país en el cual el comunismo marxista ha hecho sus pruebas, el más violento Estado que la historia jamás recuerde, totalitario, es decir invasor de todas aquellas formas de la vida en las cuales el Estado no tiene derecho alguno, y que rige con la aplicación cotidiana de la más expeditiva de las penas, aquella de muerte, infligida indiferentemente a no comunistas, a comunistas y a ultracomunistas. [Nota de Croce].



bien algunos reseñadores lo han dicho). Pero aquello que sé es esto: que la crisis de una doctrina se realiza en aquellos cerebros que, después de haber terminado de entender, disponen de experiencia nueva para ir más allá. Ni tú ni Sorel tienen esta pretensión, por ahora al menos, y *tienen un discurso acerca de la cosa a la manera de ustedes*. Yo incluso con toda franqueza no he tenido la apostólica investidura de ningún San Pietro, me creo en el deber y en el derecho de defender como puedo y hasta que pueda al socialismo y su *Weltanschauung*; y aquí está el quid de la cuestión que a ti no te puede entrar en la cabeza, porque, por la bondad de tu temperamento, por la vida que llevas, por la variedad de los estudios que haces, por ese no sé qué que hay de literario en tu actitud mental, *no quieras entender que alguien que está conformado como yo pueda estar intelectualmente ofendido por ciertos razonamientos*.

(17 de noviembre del '98) El buen hombre de Sorel está haciendo de la crisis del marxismo... un *vodevil*. Hasta que esto termine es utilizado por personas que están fuera de la cosa (por ejemplo Masaryk y Andler), poco importa... La cosa debería, me parece, desagradarte también a ti, que habiendo desempeñado siempre el oficio de honesto escritor por noble pasatiempo, y seguro que no por ambición abogadesca o subpolítica, debes ver (un poquito por culpa tuya y muchísimo por culpa de los otros) citado tu nombre aquí y allá *como fuente atendible de alegatos concluyentes*. Más allá de esta pretensión crítica semimundana del marxismo de *Quartiere latino*, hay en Alemania otra más seria, o sea *real*. Bernstein fue excomulgado del Congreso de Stuttgart. Bernstein prepara un libro sobre eso que ahora es *válido* en el marxismo. Me ha comunicado la idea, y al mismo tiempo me ha contado los chismes: que, por ejemplo, Kautsky se niega a publicarle los artículos porque no está preparado para argumentar en su contra (!). Kautsky, por su lado, me escribió acerca del grave peligro de la secesión de Bernstein. Parece, que entre otras cosas, Kautsky se ha negado a publicar los artículos en los cuales Bernstein se refería a escritos tuyos y míos.

Aquello que él hubiese deseado que hiciese, y que me inculcaba en estas cartas, es, para decirlo brevemente, que públicamente declarase: Señor mío, soy un simple literato, o un simple intelectual y razonador. Me asombra que ustedes se sirvan de mis demostraciones y de mi autoridad para promover una cosa de tanta gravedad como la crisis del marxismo. Les ruego, de ahora en adelante, hacerlo por ustedes, y dejar de lado mi nombre. En vano procuraré hacerle entender que una declaración de este tipo no sería útil para otra cosa que para hacerme fama de extravagante, no pudiendo nadie jamás prohibir que sus ideas sean aceptadas por otros y que operen entre otros intelectuales. Y no obstante él veía a qué condiciones miserables era reducida la escuela marxista en la misma Alemania:

(1º de agosto del '98). Esa *Neue Zeit* se ha convertido en una especie de *Crítica social*, es decir un periódico de exestudiantes. ¡Y decir que en todo el globo terráqueo no hay nadie fuera de estos cuatro gatos! Ese C. Schmidt, que se convirtió en un gran hombre por haber escrito un par de artículos elogiados por

Engels, ahora constituyó poder propio en los apéndices del *Vorwärts* y el *Archiv* de Braun. Y nos toca escuchar también las lecciones de Plejanov, que está un poco debajo de una tesis de licenciatura.<sup>30</sup> El desgraciado de Marx no ha tenido el honor de dejar detrás de él una escuela que pudiese continuarlo.<sup>31</sup>

Con mayor calma, y reconociendo mi derecho de libre crítica, volví sobre este punto en una carta del 31 de diciembre del '98:

Te diría una mentira si te dijese que me quedé satisfecho con tu postal. Cuando dices que, acerca de la política del proletariado, ni conviene ni no conviene, dices que, en resumen, pasas por alto el 95 por ciento de las condiciones que se necesitan para interesarse por la tan mencionada crisis del marxismo. Yo en eso soy ferocemente socialista y ultrapositivo. Si Marx hubiese sido solamente un profesor (eso sería el otro 5%), yo me interesaría por él cuanto me intereso por la *Lógica* de Wundt, etc., es decir por razones profesionales. Y desde el momento en que tu solo te interesas por este 5% (y eres también dueño de decir que sea el 10 o el 15%, si no quieres coincidir con mis cálculos), así debes tener interés por proseguir en tu ocupación pacífica de investigador *desprejuiciado*, de no estar mezclado con aquellos para los cuales el marxismo y el antimarxismo son símbolos y banderas. Y no sé cómo más deba explicarme, ya que no alcanzo a hacerme comprender. Luego, en cuanto al famoso 5% del marxismo, que es apropiado para la discusión de las teorías de Marx (cosa en la cual no entra ni el proletariado ni la política), harás bien en continuar por tu camino, a tu modo. He leído tu artículo (en *Le Devenir social*) sobre Stammler.<sup>32</sup> Me ha gustado; Y es también la primera vez que escribes en prosa coherente exponiendo lo *pensado*, sin la perorata de nombres propios y sin intersticios de citas.

<sup>30</sup> De Plejanov, que parece que fuese una luminaria de la filosofía revolucionaria rusa, me había pasado de notar la ingenuidad filosófica en mi primera memoria del '96 sobre el materialismo histórico. Un artículo suyo acerca mío está incluido en la edición de sus *Opere complete* (en ruso, curadas por Riazanov, vol. XI, pp. 329-344, como me indica un amigo); pero no he sabido jamás qué cosa dijo, y ahora es demasiado tarde para satisfacer una curiosidad que no es ni más ni menos que curiosidad. [Nota de Croce].

<sup>31</sup> Por aquel tiempo, en *Le Socialiste* de 1900, el ya recordado Lafargue, yerno de Marx, explicaba alegremente en qué consistía el problema del encuentro entre ser y conocer, y el concepto de la cosa en sí:

"El trabajador que come salchichas y recibe cinco francos al día, sabe muy bien que el patrón le roba y que se alimenta con carne de cerdo, que el empresario es un ladrón y que la salchicha tiene un sabor agradable y que alimenta al cuerpo. En absoluto, dicen los sofistas burgueses, llámense Pirrón, Hume o Kant. La opinión del trabajador es personal, totalmente subjetiva, por la misma razón que también podría decir que el empresario es su benefactor y que la salchicha está hecha de cuero picado, él no puede saber como son las cosas en sí" [Paul Lafargue, "Le Materialisme de Marx et l'idealisme de Kant", en *Le Socialiste*, París, 25/2/1900. H.T.]. Encuentro este pasaje referido en el libro de Lenin, *Matérialisme et empiriocriticisme* (trad. franç.: París, 1928, p. 171), el cual es justamente, por lo demás, en mayores proporciones, un documento de la manera en la cual en los círculos marxistas se trataba por entonces a la filosofía, contraponiendo dogmáticamente a cada pensamiento diverso las formulitas de Engels y declarando a quienes pensaban distinto aunque fuesen aquellos de los cuales narra las vidas Diogenes Laercio como "reaccionarios" y "burgueses". Nota de Croce [Materialismo y empiriocriticismismo. *Obras completas*, vol. XIV, Madrid, Aka!, 1977, p. 193. [Nota de H.T.].

<sup>32</sup> Benedetto Croce, "Le livre de M. Stammler", en *Le Devenir Social*, París, noviembre 1898; incluido como "Il libro del prof. Stammler" en *Materialismo storico ed economia marxistica*, op. cit. En la edición argentina de Imán: "El libro del profesor Rudolf Stammler", op. cit., p. 143-62. [Nota de H.T.].

Pero no se entraría enteramente en el sentir íntimo y en el razonar de Labriola sino cuando se lamentaba de que mi nombre fuese mezclado con la “crisis del marxismo”, y hubiera querido que yo, con un gesto imposible, me arrastrase afuera, si no se tiene presente que Labriola, como habitualmente quienes están de parte de los revolucionarios, era proclive a creer demasiado, para explicarse los advenimientos, en complotos policiales. A propósito de los hechos de Milán de mayo del '98 me había escrito (15 de junio del '98): “La conspiración tuvo lugar, pero fue en perjuicio del socialismo oficial. Estuvo operada por los anarquistas, a los cuales les prestó ayuda y los impulsó la policía internacional (entre Ginebra y Zürich), en la cual muchos italianos estaban (lo supiesen o no lo supiesen) al servicio de Rusia”.<sup>33</sup> Y acerca de la “crisis del marxismo” pensaba algo similar y finalmente me lo dijo (5 de abril de 1899):

Ya se va precisando el *concepto* de un complot internacional, al cual la crisis del marxismo sirve como uno de los tantos pretextos. Es cosa *finisecular*: “el *soplón* científico”.

Mi explicación era del todo diversa: o sea que, mientras que la teoría marxista permanecía en la propaganda socialista, expuesta y creída por mentes no habituadas a la crítica, ellos vivían; pero que, cuando fueron trasladados a la esfera científica, y sometidos al examen de intelectos cultos y perspicaces, de hombres adoctrinados, diversos de aquellos anteriores a los cuales pontificaba Engels y para los cuales escribía August Bebel, debieron, después de un breve tiempo de admiración y de interés, rápidamente descomponerse y disolverse. En este sentido, el promotor de la crisis había sido ¡otro que un *mouchard* científico! el mismo Antonio Labriola, y de eso a veces él tenía alguna conjetura o lo sospechaba. Convivían en él dos almas: aquella del crítico y filósofo, que habría querido ordenar y corregir el marxismo (y en eso cercano no solo a mí, sino también a Bernstein y a los otros de la crisis), y aquella del revolucionario, que sentía y acogía el valor revolucionario de Marx, y que, por esta parte, se hubiera debido colocar al lado de los dogmáticos y los conservadores o despertadores del espíritu original revolucionario de Marx, es decir Rosa Luxemburg o Lenin, que entonces comenzaba su obra.<sup>34</sup>

<sup>33</sup> Referencia a los hechos conocidos como la “masacre de Bava Beccaris”, en referencia al general italiano que el 5 de mayo de 1898 reprimió violentamente una manifestación de los trabajadores de Milán que se hallaban en huelga. La represión continuó en los días subsiguientes, y a pesar del repudio generalizado (el Partido Socialista denunció 400 muertos y dos mil heridos), el rey Umberto I condecoró al general Bava Beccaris por esta acción. El 29 de julio de 1900 Umberto I fue asesinado por el anarquista Gaetano Bresci, que declaró que quería vengar a las víctimas de la represión de 1898. [Nota de H.T.].

<sup>34</sup> En el libro de Hook rectamente se juzga (p. 42): “Le grand mérite de Bernstein consiste dans son honnêteté intellectuelle. Il interprétait Marx et Engels tels qu'ils lui apparaissaient dans leurs années tranquilles: des pacifiques studieux et analystes dévoués à la cause de la réforme sociale, encore émus par les souvenirs d'une jeunesse révolutionnaire. Le mouvement, dont il était le chef théorique, représentait la tendance la plus importante parmi les forces socialistes européennes avant 1918. C'était faire du marxisme une philosophie libérale de réforme sociale”. Pero es de notar una confirmación de que la refutación del Marx teórico no tiene incidencia sobre la realidad del Marx agitador de revoluciones que el octogenario Bernstein, en 1929, admitía, en un coloquio con Hook, que el genuino Marx, el puro revolucionario, era mucho más afín a los bolcheviques (*ibid.*). [Nota de Croce].

Pero, hacia fines del '98 (28 de diciembre) Labriola además me había anunciado:

He mandado para la traducción francesa de **Discorrendo** (que debe publicarse siempre dentro de unos tres meses) un nuevo prefacio en el cual arengo el día de las fiestas a Sorel y a Merlino. Así un libro dirigido a Sorel y publicado por Croce, comienza con impertinencias contra aquel y finaliza con una polémica científica contra este.

Con el apéndice a la edición francesa Labriola trasladaba al público las discusiones que se habían desarrollado hasta entonces entre nosotros por cartas: y públicamente respondí, sosteniendo mis razones.<sup>35</sup>

Un trabajo me restaba aún cumplir en torno a la economía marxista: el examen de aquella “ley de la caída tendencial de la tasa de ganancia”, que conforma el centro del tercer volumen de **El Capital** y, en cierto sentido, se destinaba a señalar la última fase y el agotamiento de la dialéctica del capitalismo.<sup>36</sup> Confieso que aquel punto me costó mucha fatiga, ya que lo medité intensamente cerca de un mes, sin distraerme con otros trabajos; pero, finalmente, tuve en claro el error en el que había caído Marx, “un grueso error”, como después lo juzgó Andler, recogiendo mi demostración.<sup>37</sup>

Y así cerré mis estudios sobre el marxismo, en los cuales me referí casi en cada parte de forma precisa al concepto del momento económico, es decir a la autonomía de reconocer la categoría de lo útil, que me resultó de gran utilidad en la construcción de mi “Filosofía del espíritu”. Pero del marxismo propiamente dicho excepto, naturalmente, del conocimiento al que con él llegué de un aspecto del espíritu europeo del siglo decimonónico, y excepto de las sugerencias historiográficas a las cuales ya me he referido, teóricamente no extraje nada, porque su valor era pragmático y no científico, y científicamente ofrecía solamente una pseudoeconomía, una pseudofilosofía y una pseudohistoria.

Cuando, al año siguiente, recogí en un volumen aquellos ensayos míos dispersos,<sup>38</sup> Labriola me escribió así (8 de enero de 1900):

Has hecho bien en reunir y unificar aquellas varias memorias. Seguro que eso que dices en el prefacio es muy verdadero. Nadie puede decir que eres un marxista arrepentido: si bajo el nombre de *ninguno* se debe entender las personas que leen y estudian los libros con el hábito de científicos o de pensadores. No he soñado nunca con la creencia de que eres

<sup>35</sup> Benedetto Croce, “Recenti interpretazioni della teoria marxistica del valore, e polemiche intorno ad esse”, en **La Riforma Sociale**, año VI, n° 5, Turín, mayo 1899, incluido luego en **Materialismo storico ed economia marxistica**. En la edición argentina de Imán, *op. cit.*, p. 163 y ss. [Nota de H.T.].

<sup>36</sup> Benedetto Croce, “Una obiezione alla legge marxistica della caduta del saggio di profitto”, incluido en **Materialismo storico ed economia marxistica**, *op. cit.* En la edición argentina de Imán, *op. cit.*, p. 183 y ss. [Nota de H.T.].

<sup>37</sup> Para el juicio de Andler, v. **Notes critiques de science sociale**, año I, n° 5, París, 10 de marzo 1900, p. 77. [Nota de Croce].

<sup>38</sup> El volumen, muchas veces citado, **Materialismo storico ed economia marxistica**, cuya primera edición fue de Palermo, Sandron, 1900. [Nota de Croce].



un marxista, y menos un socialista. Pero como tus escritos circularon entre los socialistas, que por suerte no todos son científicos y pensadores, y fueron invocados por los *periodistas* el año pasado en la considerada polémica antimarxista, por eso te debes resignar a pasar delante del gran público por un *converso*. El caso es curioso, pero es así. Te podría citar docenas de personas que te tienen por un exmarxista, porque tú, por un conjunto de pequeños accidentes (de los cuales yo no tengo ninguna culpa), pasaste un cierto tiempo por un *compañero feroz*.

Creo que te engañas al creerte de acuerdo con Sorel, quien es en el fondo un socialista genérico, que quisiera enseñarle un poco mejor a los Lafargue etc., que cree fanáticos, un mejor marxismo como el suyo, que cree que existe, aunque no alcance todavía a comprenderse. Aquí el equívoco es tuyo, y no del público; tuyo, porque qué cosa es el marxismo lo sabes bien, y cuando expones cualquier cosa no hay posibilidad de que yerres, pero te has equivocado al creer que eso que en ti es disenso o razón instintiva de no aceptación, representa un incremento, una continuación, una interpretación de la cosa misma. No insisto sobre esto, porque tú siendo en todos los aspectos un autodidacta, no puedes descubrir en ti tus propios errores. Hace un tiempo te persuadí de que has escrito estudios sobre Marx, y no correcciones a la filosofía del socialismo...

Luego, en cuanto al Marx *socialista*, eso es en parte harina de otro costal. El socialismo sufre ahora un arresto. Esto no hace más que confirmar el materialismo histórico. El mundo económico-político se ha complicado. Aquel cretino de Bernstein puede imaginarse que hizo la parte de Josué. El buen hombre de Kautsky puede eludir hacer de custodio del arca sagrada. Aquel intrigante de Merlino puede hacer creer que ha servido a la causa del socialismo, haciendo la parte de la policía. Aquel Sorel puede creer haber corregido aquello que jamás ha aprendido y, en efecto, en su corrección está a veces la verdad de la cosa (es como si uno descubriese al verdadero Hegel a través de los vulgarismos del profesor Vera y las simplificadas estupideces del profesor D' Alfonso) como aferrada a adivinar. Pero dime un poco en qué consiste la *novedad real del mundo*, que ha puesto a los ojos de muchos evidentes imperfecciones del marxismo. Aquí está el quid de la cuestión. La realidad no se comprende con los razonamientos, sino con la percepción.

Ahora, para nosotros los italianos, que vivimos fuera de las grandes corrientes de la historia (¡la única cosa verdaderamente histórica para nosotros es el Papa!); que no tenemos para poner en escena más que mafiosos, camorristas, prefectos ladrones, procesos escandalosos, impotencia administrativa, ignorancia política, doctos charlatanes, plebes embrutecidas, politiqueros de café (incluidos casi todos los socialistas), es casi imposible orientarse sobre las condiciones del mundo, que nos evitan por dificultad objetiva y por defecto de trabazón subjetiva. Si lees *Critica sociale* o los artículos firmados T. K., además de asombrarte (como espero) de la inconsecuencia moral de quien ahora ridiculiza eso por lo cual ha ido a la cárcel, te escandalizarías (intelectualmente) de quien hace merodear los pro y los contra

del marxismo (que es de carácter interoceánico) alrededor de las facciones de la casi medieval Milán.<sup>39</sup>

Dejando de lado el modo en el cual aquí Labriola discurre acerca de las condiciones de Italia y que es uno de los tantos cuadros negros que se pueden pintar, cuando se tiene humor negro, para cualquier tiempo y cualquier país, los supuestos nuevos obstáculos que el socialismo encontraba en las condiciones de la sociedad no valían de ningún modo para explicar la crisis doctrinal del marxismo, la cual, más que el efecto de aquel arresto, debía ser, acaso, la causa o una entre sus causas. Que más bien los obstáculos externos o prácticos que resintieron profundamente la verdad de aquella doctrina habrían sido un estímulo para mantenerla viva en contraposición, enriquecerla con nuevos problemas, darle un nuevo desenvolvimiento. En lugar de eso, Labriola, también él, abandonó los trabajos que proyectaba escribir para defender, particularizar y endurecer la doctrina del materialismo histórico;<sup>40</sup> de la teoría económica del plusvalor no habló más; y, si tomó aún la palabra en temas políticos fue para propugnar la ocupación italiana en la Tripolitania, diez años antes que fuese en efecto realizada. El marxismo teórico se agotó, alrededor de 1900, en Italia y en todo el mundo.

Que haya resurgido en los últimos veinte años, y con aire muy animoso, no quiere decir nada si no se dice dónde y cómo ha resurgido. No fue dentro del pensamiento y la alta ciencia europea como fruto de un renovado proceso inventivo y crítico; sino dentro de la propaganda para la acción, como simple catecismo revolucionario, restituido a Europa desde Rusia, donde había sido importado, y más arbitrario y más bruto que antes, sin siquiera un intento de mejorarlo y demostrarlo que pueda lejanamente aproximarse a eso que fue hecho por nosotros en Italia entre 1895 y 1900.<sup>41</sup>

Meana (Turín), agosto de 1937

[Traducción de Betina Bracciale de "Come naque e come morì il marxismo in Italia (1895-1900). Da lettere e ricordi personali", Appendice a: **Materialismo storico ed economia marxistica**, Bari, Laterza, 1977, pp. 251-94. Revisión técnica y notas de Horacio Tarcus]

<sup>39</sup> "T.K." era como firmaban en forma conjunta el líder socialista italiano Filippo Turati y la militante de origen ruso Anna Kulishova, que entonces se encontraba presa. [Nota de H.T.].

<sup>40</sup> Aquello que debía ser un cuarto ensayo, **Da un secolo all' altro** se truncó en las primeras páginas, publicadas por mí en la recopilación de los **Scritti vari** de Labriola (Bari, 1905), no contiene nada que guarde relación con la doctrina. [Nota de Croce].

<sup>41</sup> Es verdad que este materialismo histórico, retornado de Rusia y viejo de más de noventa años, pareció una cosa importante y nueva a algunos profesores ingleses, como se señaló en "Contro le sopravvivenze del materialismo storico", en *La Critica*, año XXXI, Napoli, 1933, pp. 461-462; y en "Tardi infatuamenti marxistici di un professore inglese di politica" [reseña de un libro de Harold Laski], en *La Critica*, año XXXIV, 1936, pp. 458-460 (reimpr. en *Conversazioni critiche. Serie V*, Laterza, Bari, 1939, pp. 215-17 y 287-90) donde se dijo también que la causa de eso era quizá que nunca, en su tiempo, la ciencia política y económica inglesa consideró digno al marxismo de la seria atención que le dimos nosotros los italianos y que nos vacunó contra la recurrencia de la enfermedad. Por lo demás, superado ahora cada vez más el catecismo marxista en Rusia por los acontecimientos y por estas estridencias y molestias, ya se ven señales precursoras de que el renacimiento del marxismo en Europa no tendrá larga vida, porque aquí más que con los acontecimientos, contrasta con el pensamiento desarrollado y con la cultura. [Nota de Croce].